

## el octavo congreso internacional de ciencia política: los temas generales

OSCAR URIBE VILLEGAS

Entre el 30 de agosto y el 5 de septiembre de 1970, se realizó en Munich, Alemania, el Octavo Congreso de la Asociación Internacional de Ciencia Política, que está clasificada entre las organizaciones internacionales no gubernativas, de acuerdo con la UNESCO, y entre los órganos de consulta del Comité Económico y Social, por la Organización de las Naciones Unidas.

En el momento del Congreso, la Asociación estaba presidida por el profesor Carl J. Friedrich (que enseña actualmente en Estados Unidos de América) e incluía en su Comité Ejecutivo a los Profesores Abadán (de Turquía), Finer (de Gran Bretaña), Tchikvadze (de la Unión Soviética), Freymont (de Suiza), Grosser (de Francia), Laponce (de Canadá), Mazrui (de Uganda), Moulin (de Bélgica), Ogata (de Japón), Ramney (de Estados Unidos), Rasmussen (de Dinamarca), Sontheimer (de Alemania), Viora (de Italia) y Wiatr (de Polonia). El Secretario General era el Doctor André Philippart, de Bélgica.

El Presidente de la Comisión Organizadora del Congreso fue el Profesor Hans Meier, quien presidía en la fecha la Asociación Alemana de Ciencia Política, y fue su Secretario el Doctor Wolfgang Quint.

La sede universitaria del Congreso la proporcionó la Universidad de Munich.

Los organizadores previeron el tratamiento de cuatro temas generales y de varios especiales.

Los temas generales, que se examinaron en sesiones plenarias, se refirieron a los métodos cuantitativos y matemáticos en Ciencia Política; a la historia del pensamiento político, particularmente en relación con las doctrinas de Lenin y de Hegel; a las iglesias como instituciones políticas, y a los modelos y métodos en el estudio comparativo de la construcción de naciones.

Las reuniones sobre temas especializados se refirieron: a la integración europea, a la política local, a los alimentos y la política, a la psicología y la política, a las tendencias recientes de la teoría política, al financiamiento político, a la biología y la política, a la teoría de las relaciones internacionales, a la comparación entre diversas formas de reclutamiento político, a la organización gubernativa y la formación de grupos selectos en Europa; a los nuevos enfoques en el estudio de las relaciones entre la estructura social y el comportamiento electoral, a la juventud y la política, a la oposición política, a la decisión política y a la modernización política.

Durante ese Octavo Congreso Internacional de Ciencia Política el tema general relativo a la historia del pensamiento político quedó cubierto por los estudios de Tchikvadze (de la Asociación Soviética de Ciencia Política), de Liedman (de Lund), de Tarchys (de Estocolmo), de Bibic (de Ljubliana), de Germino (de Virginia), de Lebedev (de la Unión Soviética) y de Kamenetsky (de Michigan) quienes se ocuparon del papel de Lenin en la historia del pensamiento político; de Lenin, el revisionismo y la dialéctica; de Hegel considerado como leninista; de la sociedad civil y el Estado en las obras de Hegel y de Marx; de la determinación del carácter humanista o totalitario de la teoría hegeliana del Estado; de las ideas de Lenin sobre la democracia socialista y la evolución contemporánea, y del marxismo-leninismo y el pensamiento conservador alemán, particularmente en lo que se refiere a sus actitudes frente a la democratización y la modernización.

Daniel Tarschys, de la Universidad de Estocolmo, recordó que hubo un lapso temporal que separó la

madurez doctrinaria de Hegel de la de Lenin (hacia 1800 y hacia 1900, respectivamente) y, tras preguntarse si tendría o carecería de sentido tratar de leer a Hegel al modo leninista, concluyó que esa forma de lectura es legítima o que —por lo menos— Hegel mismo dio pie para ella en cuanto, en su turno, leyó a todos sus predecesores a la hegeliana. No sin pizca de Humor, Tarschys concluyó su presentación recordando que la *hubris* es vengada por Nemesis y que “*hubris* y grandeza predisponen a un castigo más severo: el purgatorio de las eternas reinterpretaciones”.

Liedman, por su lado, presentó el materialismo histórico como una teoría del desarrollo social en la que existen diversos niveles de abstracción, de tal modo que, en el más elevado, son unos pocos factores (los elementos materiales, las formas de organización productiva) los que explican todo, en tanto que en el más bajo de los niveles de abstracción (en el más concreto) tienen que ser más los factores explicativos.

El catedrático de Lund señaló que en Marx y en Engels hay una teoría abstracta de la revolución que la explica como resultado del desarrollo capitalista; pero que también existen explicaciones concretas de revoluciones particulares en las que se toman en cuenta muchos otros factores adicionales, con inclusión de las idiosincrasias de los participantes.

Con respecto al revisionismo, es algo parecido lo que ocurre: se le puede explicar en un nivel abstracto, por la circulación de las clases que lleva aparejada el capitalismo, pero, en casos concretos, tiene que explicarse mediante factores adicionales, como son los conocimientos y los ideales de los sujetos individuales.

Bibic, de la Universidad de Ljubljana, señaló la importancia que tiene para los estudios politicológicos el no quedarse en el estudio de las relaciones entre la clase gobernante y el Estado, pues hay que descender al plano de las que existen entre los elementos componentes del Estado y la sociedad y al de las que se establecen entre ésta y aquél, sin lo cual toda explicación sería incompleta.

En la sesión especializada que el Congreso consagró al estudio de las tendencias recientes en el desarrollo de la Ciencia Política, participaron David Easton, de la Universidad de Chicago, Jean Barrea, de la de Lovaina, Gérard Bergeron de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Laval en Quebec, Alfredo Eric Calcagno y Pedro Sainz, Stéphane Bernard, de la Universidad Libre de Bruselas, Gabriel A. Almond, de la de Stanford, y A. P. Fogner, del Departamento de Ciencia Política de Lovaina.

Estos autores se refirieron a: las continuidades de la investigación política del conductismo al post-conductismo; a las finalidades políticas dentro de los modelos de análisis del sistema político; a la importancia del poder, la autoridad, el control, la regulación y otras “influencias” en los estudios politicológicos; a un modelo de análisis político resuelto mediante una experimentación numérica; a las posibilidades de evolución de la teoría de los sistemas políticos democráticos; a ciertos enfoques de la causación desenvolventista en politicología, y a la relación entre la persistencia de un sistema y su información.

Jean Barrea señaló que la incorporación de los *problemas* políticos propiamente dichos, dentro de un diagrama analítico politicológico, puede ser útil e importante y que, en consecuencia, el fenómeno político tiene que analizarse en términos de conductas, poderes y problemas.

G. Bergeron piensa que en psicología, en sociología y —más aún— en ciencia política, habría que restringir el uso de la expresión “poder actuante” y emplear —en cambio— expresiones menos ambiguas (más concretas y precisas) como las de “soberanía”, “competencia”, “jurisdicción”, “función” y “habilitación”.

El propio Bergeron señala la importancia que podría tener el uso combinado de tres conceptos: “acción”, “influencia” y “control”, de los que el último implica a los dos primeros.

Piensa también que la expresión “control social” debe ser sustituida por otra más general, como la de “regulación social” para reconocer en seguida que esa regulación social tiene manifestaciones específicas que constituyen un conjunto de “controles sociales” (y, en su caso, “políticos”). Correlativamente, señala que hay que entender el fenómeno de la desviación social como una desviación de hecho, y el de falta de organización como una actitud contraria a los controles sociales o políticos, pero que hay que verlo todo dentro de una situación —dinámicamente cambiante— de regulaciones sociales.

Bergeron percibió, desde el principio, que sus aportaciones podían concebirse como meras precisiones terminológicas, y anticipó el ataque al señalar que si la ciencia es un lenguaje bien hecho, la precisión terminológica es un punto de articulación importantísimo en la investigación científica. En efecto, ésta es parte de un término precisado y depurado y, a través de la pesquisa, lo depura y lo precisa aún más o lo enriquece en forma creciente.

Bernard, al explorar las posibilidades de evolución de la teoría de los sistemas políticos democráticos, señaló que la capacidad de decisión global de los dirigentes de un sistema político se puede esquematizar mediante el uso de tres círculos concéntricos que representan otras tantas capacidades: la de decisión técnica, la de influencia no autoritaria y la de influencia autoritaria.

Cada uno de esos distintos círculos tiene, en cada caso (en el de una sociedad o sistema político particular) diferentes diámetros, cuyas magnitudes dependen: 1) de los recursos; 2) de las actitudes, y 3) de las estructuras (o sea, de factores físico-económicos, sico-sociales y socio-políticos propiamente dichos).

Eso hace que Bernard considere que la dinámica política puede y debe analizarse en términos de insumos, de productos y de autorreguladores (que vinculan a los primeros con los últimos, dentro de la bien conocida modelística autoalimentadora del sistema).

Bernard habla, así, de que existen ciertas actitudes de los gobernados a las que, en un momento dado, hay que considerar como insumos, las cuales producen nuevas actitudes de los gobernantes, actitudes que a su vez reestiman una reacción social (sobre los gobernados mismos) a través de la cual se controlan sus fluctuaciones.

Bernard, como Bergeron, considera que los cuidados que se tengan con la terminología de la disciplina son importantes, pues de ellos depende, en buena parte, su avance científico, y señala que si estos cuidados tienen que orientarse, en unos casos, hacia el rumbo de una precisión creciente, en otros pueden explorar las posibilidades de un cambio terminológico. En efecto, éste es necesario cuando la vieja terminología se convierte en freno para el pensamiento, pues el cambio de terminología puede ser un reactivante del mismo, en cuanto incita a un replanteamiento de los problemas politicológicos.

Alfredo Eric Calcagno y Pedro Sainz, por su parte, presentaron al Congreso un interesante modelo de análisis. En él trazaron dos escenas sucesivas y contrastantes de un mismo país: la primera muestra un régimen de democracia formal que se empeña en aplicar planes de reforma de naturaleza populista y nacionalista; la segunda revela un gobierno autoritario, surgido de un golpe de Estado, basado en una alianza neo-oligárquica y que lucha por aplicar un plan modernizador.

Los autores señalan cómo se pueden individualizar

las fuerzas políticas de la constelación productora de cada una de esas escenas; la manera en que en ellas obra el consenso, el control institucional y el control real, y su examen les revela la fragilidad del primer sistema. La comparación entre el control institucional y el real revela —en cada caso— la relación entre gobierno y poder y —en la primera escena— proporciona un ejemplo de cómo un gobierno puede llegar a encarar una crisis por falta de control real de la situación.

Esa forma de análisis también permite ver cómo se conjugan las fuerzas internas y externas, las populares y las oligárquicas; la manera en que se perfilan antagonismos y alianzas y como tiene que usarse ya la transacción, ya la compulsión. De este modo, si se compara el uso que se hace de cada una de ellas con el consenso existente, se puede obtener un índice significativo (un índice numérico como indica el subtítulo de la comunicación) que permitirá prever si lo que prevalecerá será una atmósfera de conciliación o una de tensión.

Otra comparación de carácter cuantitativo permite que los autores del modelo aprecien cómo, en una situación dada, el desperdicio o la productividad del esfuerzo empleado en promover u obstruir el consenso proporciona una medida de la forma en que la situación, o se vuelve más crítica, o deja de serlo.

Calcagno y Sainz indican —también— que es oportuno medir: 1) el grado de estabilidad de las alianzas, dentro del grupo gubernativo, y 2) el grado en que el sistema político incluye o excluye grupos importantes. En particular, señalan cómo un régimen gubernativo puede ser más endeble que otro a pesar de que ambos ejerzan un control de hecho, en el grado en que el primero deje y el segundo incorpore a las “fuerzas populares”.

Durante el Congreso Internacional de Ciencia Política, el gran tema relativo al empleo de los métodos cuantitativos en esa disciplina contó con las contribuciones de Rappoport, Guyer y Gordon; de Riker, Ordeshook y Rai; de Lanphier y Beattie (de la Universidad de York, en Toronto), de Smoker (de la de Lancaster y de la Northwestern), de Hopkins (de Searthmore College), de Chadwick (de las de Hawaii y Harvard), de Schwartzmann (de la Escuela Brasileña de Administración Pública), de Elie Oiknine (del Instituto Francés de la Opinión Pública), de Samuel Bernstein (del Stern College de la Universidad Neshiva) y de Eugene Alpert (de la de Rochester).

Ellos se ocuparon: de comparar el desempeño de los estudiantes daneses y de los estadounidenses en un "juego con amedrentamiento"; en establecer una teoría del número de partidos políticos a partir de una experiencia como la de India; de ver la forma en que los datos sociales son utilizados con fines orientadores o apologeticos por los políticos; de inventariar las simulaciones en el campo de las relaciones internacionales; de dar algunos pasos para establecer una teoría probabilística del comportamiento político; de presentar los resultados cuantitativos obtenidos de examinar veinte años de gobierno representativo en Brasil; de ver la forma en que los métodos de análisis multivariado se aplican a un estudio preelectoral, y de examinar cómo la ayuda externa puede funcionar como factor en la admisión de la República Popular China en la Organización de las Naciones Unidas.

Rappoport y sus colaboradores, al examinar los resultados obtenidos al hacer que un grupo de estudiantes daneses y uno de estadounidenses participaran en "juegos con amedrentamiento" y jugaran los tres juegos del experimento en cien secuencias lúcidas, llegaron a la conclusión de que sus resultados estaban afectados por el hecho de que, en cuanto la estructura de los tres juegos era idéntica, cada sujeto pudo establecer una cierta forma de jugar (ya sea "sin rendirse", ya "rindiéndose al ser presionado" o ya "rindiéndose hasta cierto punto").

Como ya en experimentos anteriores los investigadores habían encontrado evidencias de ese efecto de contacto, han llegado a pensar en la necesidad de eliminar esa interferencia de la estrategia en los parámetros que interesan más en sentido politicológico; que hay que asignar un solo juego a cada grupo de sujetos, pues si bien con esto se pierde la ventaja de que los sujetos sean controles de sí mismos, se obtiene la otra consistente en eliminar el efecto de contagio.

Los investigadores piensan que usar estrategias fijas, de patrón regular y fácilmente discernible constituye un error, pues eso permite que muchos sujetos descubran el patrón y ajusten a él su contra-estrategia, con lo que se reduce mucho la variación atribuible a lo "sicológico". Esta dificultad se puede evitar —como ellos anticipan— si se emplean las estrategias en forma probabilística, pues al introducirse una cierta incertidumbre se impide el reconocimiento inmediato de la estrategia y se permite que lo sicológico aflore con su papel prominente de significación politicológica.

Rappoport y sus colaboradores previnieron a sus

oyentes en contra de una atribución apresurada de las diferencias observadas en el juego a la pura diferencia de nacionalidad de los jugadores, pues los grupos diferían no sólo en éste sino en otros sentidos y, así, los daneses procedían sólo de escuelas de ingeniería y los estadounidenses, de escuelas de otras especialidades.

Lanphier y Beattle trabajaron a base de postular una hipótesis: la de que la política hace uso de los datos de las ciencias sociales en uno de dos sentidos, y de que el sentido elegido depende del enfoque de la política misma.

Los dos sentidos que ellos reconocen son el orientador y el apologetico. El orientador predomina —según ellos— en los asuntos intergubernativos; el apologetico se aplica en una política extragubernativa (que abarca lo privado y aun lo público, si esto no concierne al gobierno federal sino a los provinciales y locales, al menos, en el caso canadiense).

Los autores proporcionaron varios ejemplos de empresas gubernativas orientadas hacia la realización de una política y que corresponden a uno de los cuatro tipos de: las comisiones gubernativas, las *task forces*, las agencias recolectoras de datos y las investigaciones que se procesan dentro de las mismas agencias gubernativas.

Respecto de las comisiones gubernativas, los autores destacan la importancia de dos comisiones: la destinada a estudiar el bilingüismo y el biculturalismo, y la creada para examinar el uso no-médico de las drogas. De ellas señalan como caracteres: el de ser públicas; el de que sus componentes son extraños al gobierno; el de que mientras investigan, realizan discusiones públicas de algunos problemas.

Lo anterior es particularmente cierto en el caso de la Comisión sobre Bilingüismos y Biculturalismo que, en el curso de sus trabajos, ha usado de dos procedimientos: al entrar en contacto informal con los funcionarios superiores de la administración pública para notificarles de sus trabajos, y al señalar el rumbo político hacia lo que podrían apuntar sus hallazgos al pasar de la esfera legal y simbólica a la institucional. Según la apreciación de los autores, esta comisión logró una buena implementación de sus ideas y dio al gobierno federal la posibilidad de emplear apologeticamente sus datos, cuando hubo de convencer a los gobiernos provinciales y locales de la bondad de su política.

En cambio, la Comisión sobre Empleo No-Médico de las Drogas produjo sugerencias que parece que no

guiarán al gobierno en su política, pero —en cambio— parece que sus hallazgos sí serán usados por él en función apologetica cuando decida actuar.

El uso de las *task forces* es mucho menos público que el de las comisiones gubernativas, y los autores encuentran que, en general, muchos de los datos que inicialmente estaban destinados a guiar la política han tenido que usarse en forma apologetica, en cuanto el gobierno los ha dirigido hacia el público. Así, ciertos hallazgos indicaban que había deficiencias en los servicios informativos, y estos se emplearon más que en corregir directamente las deficiencias, en comunicarlos a algunas personas de fuera del gobierno federal para poder dar cuerpo a un nuevo proyecto sobre el manejo de la información.

De los datos obtenidos por la Comisión de Seguro contra el Desempleo, se hizo en Canadá un informe detallado, pero el gobierno hizo de él una síntesis muy apretada que fue la que publicó, con lo cual se reservó para sí una gran capacidad de movimiento, para el momento de discutir las contraproposiciones y tomar las decisiones.

De las agencias canadienses encargadas de recopilar datos sociales, la Oficina de Estadística es la más importante, particularmente en cuanto ha sido vanguardista de los procedimientos muestrales y de tratamiento de datos agregados, y en cuanto ahora recoge —mediante muestras— datos que se refieren ya no sólo al suministro sino también a la demanda de bienes y servicios. Los autores piensan que tales estudios pueden servir de instrumento para la elaboración de una política federal capaz de responder mejor a las cambiantes condiciones sociales.

O sea que —en conclusión— los congresistas canadienses afirmaron que los datos de la ciencia social sirven las funciones de guía y apologesis, y que en las etapas tempranas de formulación política, los políticos emplean esos datos en forma descriptiva o sugestiva. Ellos señalan que el gobierno federal canadiense recurre a gran variedad de fuentes de información mientras llega a establecer una política y mientras la elabora, pero que, una vez que la anuncia y se prepara a implementarla, los datos le sirven, en función apologetica, para tratar con los intereses externos.

Paul Smoker, de la Universidad de Lancaster, señaló la forma en que el sistema de relaciones internacionales fue concebido por Guetzkow como un sistema que se autoorganiza, y cómo la comunidad de los simuladores de las relaciones internacionales obra en

forma parecida, ya que los estudiosos toman ciertos modelos particulares, los innovan y los manejan con distintos propósitos de investigación.

La simulación, en este campo, se ha realizado en forma rigurosa y sostenida durante las últimas décadas, y Smoker indica que, para que continúe así en las próximas, es indispensable que atienda dos aspectos: 1) el de la validez, y 2) el de la relevancia.

El de la validez es uno de los problemas más difíciles con los que se enfrenta todo esfuerzo de modelación de las relaciones internacionales; el de la relevancia es cada vez más importante. Así, si hay dos modelos parciales y uno de ellos se fija en quienes influyen en la política y el otro en el sistema internacional en sí, eso significa que cada uno de ellos incorpora una afirmación teórica de relevancia de esos factores, y que un observador objetivo tiene que llegar a la conclusión de que ambos deben incorporarse en uno en la siguiente etapa de simulación.

Smoker señala también que, si en la década anterior se consideró indispensable diferenciar una simulación toto-computadora de una homo-computadora, actualmente ya no es necesaria esa distinción, puesto que las experiencias del hombre que actúa en una ambiente implementado por las computadoras tienden a hacer que ese individuo reaccione ahora ante las respuestas de la máquina e introduzca —sobre la marcha— modificaciones a su propio experimento.

Según el catedrático de Lancaster, es seguro que en la próxima década surgirá una tercera generación de simuladores y que ésta introducirá nuevas variables (en particular las que resulten relevantes para el ecosistema global y para la supervivencia). Le parece que esa nueva generación estará más preocupada por la validez, y que será más sensible a la relevancia de lo que han sido sus predecesoras.

Chadwick —por su lado— al tratar de mostrar cuáles son los pasos que hay que dar para teorizar sobre el comportamiento político con base en sistemas probabilísticos y énfasis en la teoría de la integración, afirma que una concepción de coordinación o poder político tiene que considerar los esfuerzos que hacen los estadistas y los otros individuos, así como los grupos, en su anhelo de alterar el sistema, y los efectos de los mismos sobre las transacciones y los atributos eco-sociales.

La aplicación de este concepto al estudio de la integración política permite ver que, para que haya integración se necesita que se reúnan tres condiciones:

1) la de que entre el conjunto de sistemas (Estados-nación) haya más transacciones de las que serían de esperar socialmente; 2) la de que exista una covariación de las condiciones transaccionales entre los sistemas integrados, y 3) la de que se obtengan recompensas que sean percibidas como una consecuencia de esas transacciones.

Los congresistas que contribuyeron a tratar de "las iglesias como instituciones políticas" durante el Octavo Congreso de Ciencia Política fueron: Moulin, de Brujas; Dirickx, de Amberes; Turner, de Connecticut; Langrod, de París; Pereira, de São Paulo; Fireside, de Ithaca; Evans, de Notre Dame (Indiana); Suenens, de Bélgica; Delooz, Miembro individual; Hermet, de París; Nelli, de Tolosa; Capparale, de California; Duccrow, de Alemania; Astiz, de Albany; Rémond, de Nanterre; Van Dyck, de Francia; Madron, Nelson y Yokley, de Kentucky; Calvez, de la Sociedad de Jesús; Levillain, de Nanterre; Le Moal, de París; Romero Gómez, de Sevilla; Delobelle, de Lovaina; Coutrot y Hubert Martin, de París; D'hooghe, de Lovaina; Price, de Manchester; Gustafsson, de Estocolmo; Abadan y Yucekok, de Angora (Turquía), y Reulos, Miembro individual.

Los participantes en este debate general del Congreso se refirieron a la forma en que la asamblea constituye la autoridad soberana en la Orden de Chartres; a la reestructuración de una orden religiosa, concebida como un proceso político; a las relaciones entre el catolicismo y el nacionalismo en Latinoamérica; a la Iglesia y su actividad gerencial (reconocida como altamente efectiva por los especialistas); a los mesías rurales brasileños y su importancia política; a la iglesia ortodoxa rusa durante la ocupación nazi y las reacciones que esta ocupación tuvo en Ucrania, Bielorrusia y los Estados Bálticos; a la relación del sacerdocio de una parroquia italiana con el poder y las decisiones políticas; a la iglesia católica y su estructura gubernativa; a la política en su relación con las canonizaciones; a las funciones políticas de la Iglesia, en España; al catarismo y su oposición a la feudalidad; a la dinámica de la hierocracia y los patrones de politización de un sistema religioso; a las estructuras ecuménicas de la Iglesia en la era de las armas atómicas; a la iglesia católica y la política a la luz del caso peruano; a las tipologías políticas dentro de la eclesiología; al franciscanismo como "contestación" u oposición permanente dentro de la Iglesia; al factor religioso y las opiniones políticas de los esta-

dunidenses negros; a la manera en que las iglesias reformadas se integraron en las estructuras políticas y en el derecho público en los siglos XVI y XVII; a los problemas administrativos y políticos de la Compañía de Jesús a la luz de los decretos de su trigésima primera congregación general; a la elaboración del consenso en el Segundo Congreso Vaticano; a la iglesia antitrinitaria polaca y su papel en la toma de conciencia nacional y social de su tiempo; a la interpretación y aplicación del reglamento del Segundo Concilio Vaticano; a la sociología de la obediencia; a las estructuras de la iglesia católica en Francia, desde la época de la asamblea de cardenales y obispos (de 1919) hasta la conferencia episcopal (de 1966); a la sociología política de las diócesis francesas; a dos formas de análisis de la Iglesia institucional y a los problemas que plantea el diálogo entre la teología y la sociología; a la actividad política musulmana en Costa de Oro antes de la independencia; al papel de la religión en la Suecia moderna y al pluralismo democrático y las organizaciones religiosas en la Turquía secular.

De esos planteamientos, uno de los más generales fue el de Delobelle, de Lovaina, quien se ocupó de un tema sociopolítico y sociorreligioso relevante, que es el que se refiere a la obediencia y la desobediencia. Este congresista considera que obediencia y desobediencia son procesos sociales dialécticos en los que las entidades que se conjuntan o se igualan, o se supraordinan la una a la otra, y piensa que esos proyectos se apoyan en la estabilidad o inestabilidad de la evolución social, así como que —al través de ellos— se favorece una cierta dirección en el crecimiento de las sociedades, o sea, justamente aquella que se gana el apoyo de uno de los participantes en el proceso.

Dierickx, por su parte, al enfocar la reestructuración que sufre una organización religiosa, y concebir esa reestructuración como un proceso político, señala que en dichas organizaciones la solución de un conflicto determinado puede producir otros conflictos —otras controversias—, pero que esto no debe de interpretarse como algo negativo, puesto que más que evitar los conflictos, importa enfrentarse a ellos en sentido constructivo, creador.

Turner reveló cuáles son las presiones a las que el nacionalismo somete a las iglesias, y particularmente la forma en que, en Latinoamérica, el propio nacionalismo ha impuesto la adaptación de la iglesia católica a las nuevas condiciones político-sociales. Ésta, por su parte, "gracias a su diversificación política, invocacio-

nes patrióticas y énfasis espiritual, ha mostrado considerable capacidad para responder al nacionalismo secular”, hasta tal grado que —de acuerdo con sus apreciaciones— en el futuro, su adaptación puede llegar a ser tan amplia y tan profunda que las antiguas normas católicas de resignación y jerarquización lleguen a ser irreconocibles.

Él mismo evalúa la evolución posible de la Iglesia en Latinoamérica, y piensa que ella puede llevar a una especie de aplicación del humanismo al proceso desenvolventista.

Un caso concreto de intervención de la iglesia católica en la vida sociopolítica latinoamericana (y uno de evolución eclesíastica a resultas del interjuego dialéctico entre Iglesia y sociedad) es el estudiado por Astiz en relación con el caso peruano. Este congresista encontró que, por mucho tiempo, la iglesia católica justificó a la clase a la que tradicionalmente se consideró como superior, y contribuyó al mantenimiento del *statu quo*, con lo que llegó a entrar en conflicto (por su rezago histórico) con las ideologías antiestatutarias que surgieron en el país hacia 1920. En ese conflicto, la Iglesia triunfó del APRA, pero no de la extrema izquierda, y no lo consiguió —en parte— por la incidencia de una “revolución de las expectativas crecientes” que es de enorme importancia para las sociedades latinoamericanas.

Las clases inferiores y medias peruanas comenzaron —entonces— a alejarse del catolicismo que se les había enajenado y éste, para no perderlas, hubo de hacer una “reinterpretación política de sus dogmas, en el sentido de una ‘teología de la revolución’”.

Frente al régimen militar peruano, la Iglesia se ha colocado —según Astiz— a la izquierda; pero, en una actitud ambivalente, pues la jerarquía y la mayoría del clero apoyan algunos cambios que han sido introducidos por ese régimen, pero sin llegar a identificarse con él. En general, Astiz piensa que “es posible [que la Iglesia] llegue a tener éxito en cuanto a desplazarse de su papel de sostén ideológico del *statu quo* al de justificadora del cambio radical”.

María Isaura Pereira de Quiros maneja, por su parte, un tema de politicología eclesíastica latinoamericana de máximo interés, pero de tónica diferente, en cuanto explica funcionalmente la existencia de los mesías rurales en la sociedad brasileña. La politicóloga carioca indica que a los movimientos mesiánicos se les puede concebir —ahí— como una primera modelación de la conciencia social frente a la injusticia, y como

un primer esfuerzo para remediar la situación. Esos movimientos son, en Brasil, formas *institucionalizadas* de combatir el desorden que, en un espacio físico enorme, serían incapaces de eliminar tanto las administraciones provinciales como la administración federal. Esa institucionalidad se revela en el hecho de que esos movimientos carecen de espontaneidad y creatividad verdadera, pues los mesías son sólo “actores a quienes la sociedad provee de papeles y de inspiración”.

La solución que aportan los mesías brasileños es —por otra parte— autoritaria, pues el “mesías” no deja que sus seguidores se organicen con autonomía; ellos —a su vez— permiten que el mesías disponga de su libertad a cambio de la paz, de la estabilidad, del mejoramiento económico que les asegura. Por otra parte, en sentido político, el mesías no teme nada de la sociedad global, puesto que, en ella, cumple un cierto papel; teme —en cambio— a aquellos otros dirigentes, religiosos o no, que pueden entrar a competir con él: que pueden disputarle la sumisión de quienes le siguen.

Evans, en su comunicación al Congreso, mostró que en varios países (pero más particularmente en Italia) el sacerdote que sirve una parroquia en una pequeña comunidad, tiene poder; que deriva éste del interjuego de sus papeles de sacerdote y de patrono, y que esos papeles se confunden y, en la confusión, favorecen “sus manipulaciones políticas y su participación en el proceso de decisión política”. Él atribuye esos resultados: a la falta de una separación rigurosa entre la Iglesia y el Estado; al papel socializador que desempeña el sacerdote en tales comunidades; a las imperfecciones del sistema electoral local que favorece sus intervenciones. A su vez, encuentra que la consecuencia del sistema (particularmente, del patronazgo sacerdotal) “produce detrimento y conduce a la debilitación del Estado y del imperio de la ley”.

Nelli parece retrotraernos al pasado, al ocuparse del fenómeno apasionante del catarismo; pero, en realidad, se sirve del examen de éste para asentar algunas conclusiones generales —de valor permanente— acerca de la relación entre la heterodoxia y el cambio sociopolítico. Él indica que si bien algunas de las reformas propuestas por los cátaros pudieron parecer, en su tiempo (siglo XIII) utópicas, las mismas han llegado a realizarse y a ser superadas, como lo ilustra la liberación de la mujer, buscada por los cátaros en el pasado, y lograda sólo en tiempos próximos a los nuestros.

En forma muy amplia, los cátaros luchaban contra

el "orden" feudal; contra la "justicia" señorial; contra los "derechos feudales"; contra el casamiento autoritario, pues consideraban que el bien es sinónimo de libertad, y pensaban que ésta estaba conculcada entonces por los feudales... El sistema feudal combatido por ellos acabó por caer, pero sólo se desintegró hasta el siglo XVIII (cinco después de que los albigenses habían iniciado sus luchas).

A siete siglos de la herejía albigense, la Iglesia católica que la combatió ha llegado a admitir —según el propio Nelli— "proposiciones que han podido parecer más heréticas que las del catarismo".

Con fines generalizadores, Nelli indica que, como en la herejía albigense (acarreo de maniqueísmo asiático), en los movimientos heterodoxos primero se prefigura (en forma ideal) y después se anuncia (en forma expresa) una evolución liberadora, y observa que esas heterodoxias son ideologías puras, que se sitúan en lo absoluto, y que son condenadas por la sociedad de la que son contemporáneos, pero que mientras las grandes religiones se llegan a incrustar y a encontrar en el orden social y político del momento (que contribuyen a mantener a pesar de ser insatisfactorio), las herejías minoritarias protegen mejor las ideas generosas que están de acuerdo con el "futuro en marcha".

Le Moal, en su referencia al papel desempeñado por la iglesia antitrinitaria polaca en la toma de conciencia social y nacional del siglo XVI, subraya el interés que tiene ese estudio, en cuanto se trata de una iglesia reformada, pero sectaria (en cuanto tuvo pocos seguidores y fue condenada por las otras iglesias).

La acción de esa iglesia, en Polonia, se debe relacionar —según el autor— con la de las otras iglesias reformadas (particularmente, la calvinista) en el grado en que en el Estado de "democracia nobiliaria" de Polonia, gran parte de la nobleza adoptó la Reforma a mediados del siglo XVI, por considerar que era esa forma de defender sus privilegios frente al poder del clero católico y frente a las intervenciones romanas, así como frente a los esfuerzos centralizadores. La Reforma, de este modo, propició a solidaridad de los magnates, y fue vista por ellos como manifestación de la conciencia nacional y republicana.

La iglesia antitrinitaria, en particular, planteó el problema de la igualdad de derechos para los plebeyos, defendió los proyectos de una iglesia nacional y de implantación de una tolerancia religiosa, y apoyó tanto las tendencias federalistas de la República polaca como la política unionista. Su influencia se vio me-

noscabada porque se consideró que el patrocinio que daba a cierta "falta de compromiso cívico" podría resultar peligroso.

Levillain, universitario de Nanterre, asistente entusiasta del Segundo Concilio Vaticano, se ocupó de subrayar la forma en que éste trabajó en un periodo de tres años, gracias a la reunión de más de dos mil sacerdotes, con el fin de perfilar "la nueva imagen que la Iglesia deseaba ofrecer al mundo". Él mismo indica que "hombres extraños entre sí, llegaron a Roma"; que "Juan XXIII tenía un amplio esquema" (que muchos se empeñan en interpretar como "una vaga idea"); que "la administración romana, habiendo canalizado sus deseos, asumió la organización del acontecimiento, traduciéndolo en esquemas sujetos a mensuramiento, sin entrar en su espíritu", y subraya que "el Concilio se volvió cada vez más consciente de sí".

Dentro del Octavo Congreso Internacional de Ciencia Política, Rocco Capparale se ocupó de la politización del "sistema religioso católico" resultante del interjuego de las creencias y el poder. La dinámica correspondiente le parece que conduce hacia una sociedad participatoria que abre oportunidades nuevas a la participación política y que permite el disenso.

La extrapolación de tendencias observables en y a partir del Segundo Concilio Vaticano (y no sólo de su documentación, mucho más pobre que su dialéctica vital) permiten que Capparale prevea: la aproximación de la Iglesia católica: 1) hacia un sistema bipartidista; 2) hacia una nueva sustentación del poder eclesiástico en una base popular (tercera fuerza, emergente entre el papado y la jerarquía, que surgió impensadamente, en medio de la coyuntura), y 3) hacia una creciente participación supranacional, "prototípica de un nuevo orden político y capaz de realizar una jefatura moral efectiva", así como 4) hacia la sustitución del principio del amor fraterno (consensualismo) por el de responsabilidad contractual (contractualismo), con lo cual la evolución eclesiástica repetiría una evolución social en la que nos enseñaron a pensar Tönnies, Durkheim, Maine y otros.

En general, independientemente de la posibilidad que hay de que —dentro de la propia Iglesia— se produzcan movimientos reaccionarios "propiciados por el partido en el poder", la Iglesia avanza en el sentido progresivo de una secularización creciente, dentro de la que el "poder religioso" pierde su carácter sagrado y adopta —cada vez más— formas de control racional y contractual.



Calvez —por su parte— se refirió a los problemas más delimitados de la Compañía de Jesús. A ese respecto indica que entre los cambios que la afectan uno de los no institucionales de mayor importancia es —inicialmente— de carácter demográfico, puesto que su pirámide de edades ha cambiado mucho debido a la creciente longevidad de sus miembros y al decremento en sus tasas de reclutamiento. Ambas fuerzas, al obrar convergentemente, pueden contribuir —según él— a que disminuya la vitalidad de la institución.

Las dudas que lo asaltan en cuanto a si habría que abatir la edad de incorporación permanente en la compañía (actualmente hacia los 34 años, en promedio) en vista de estas consideraciones y de la nueva posición que ocupa la juventud —o que los jóvenes tratan de ocupar— dentro de la sociedad total, tienden a resolverse por la negativa, en cuanto el propio Calvez toma precaución contra de una abusiva aplicación de la analogía entre instituciones y asociaciones diversas.

Fireside señala la forma en que durante la Segunda Guerra Mundial, los ocupantes nazis de Ucrania, Bielorrusia y el Báltico promovieron la formación de iglesias autocéfalas, dispuestas a colaborar con ellos, y cómo —a modo de efecto no propuesto— produjeron una reviviscencia religiosa de la iglesia ortodoxa de esas regiones occidentales de la Unión Soviética.

En Ucrania, los nazis acarrearon dirigentes nacionalistas de las antiguas áreas polacas, para que se unieran a los autocefalistas sobrevivientes de la tercera década; en Bielorrusia, tuvieron que enfrentar la falta de clérigos rusos dispuestos a colaborar, así como la resistencia decidida del jefe de la iglesia bielorrusa Panteleimon, y no dudaron en patrocinar —en los países bálticos— el asesinato del Exarca Sergio, al descubrir que éste, a pesar de su declaración formal de obediencia, había promovido activas misiones que revelaban a las claras su talento y su coraje político-religioso.

Fireside considera que, en esas condiciones extraordinarias, pudo revelarse la sed religiosa que seguían sintiendo esos pueblos, y que gracias a que sus dirigentes tomaron la prudente decisión de apartarse del invasor nazi y de convertirse en una fuerza neutral entre nazis y soviéticos, pudo ganar la iglesia de esas zonas —en los años subsecuentes— la tolerancia del régimen encabezado por Stalin.

Madron, Nelson y Yokley trataron de relacionar la

religiosidad de los estadounidenses blancos y negros, católicos y protestaron con: 1) el apoyo que dan al presidente estadounidense; 2) el que dan a la Organización de las Naciones Unidas, y 3) la simpatía o antipatía con que ven la intervención eclesiástica en la vida política y social.

Mediante técnicas estadísticas, esos congresistas llegan a la conclusión de que: 1) aquellos negros protestantes que son más religiosos tienden a apoyar al presidente y a fortalecer la Organización de las Naciones Unidas, y que quizás apoyarían una cierta participación eclesiástica en política; 2) que aquellos blancos que son protestantes, se diferencian poco por su religiosidad, en lo que se refiere al apoyo que están dispuestos a dar al presidente y a las Naciones Unidas y que —en cambio— favorecen la participación eclesiástica en la vida política conforme son más religiosos, así como que; 3) los blancos católicos tienden a apoyar al presidente, conforme son más religiosos; a no diferenciarse religiosamente en relación con el apoyo o falta de apoyo que querrían dar a las Naciones Unidas, y que tienden a propiciar la intervención eclesiástica en política conforme aumenta su religiosidad.

El cuarto de los grandes temas cubiertos por el Octavo Congreso Internacional de Ciencia Política fue el de los modelos y métodos para el estudio comparativo de la construcción de naciones. Su tratamiento estuvo confiado a los esfuerzos de Jerome M. Clubb (del Consorcio Interuniversitario para la Investigación Política), Gary K. Bertsch (de la Universidad de Zagreb), J. Blondel (de la de Essex) y J. R. Nellis (de la de Carlton), William T. Blohm (de la de Rochester), Frank Aarebrodt y Stein Rokkan (del Instituto Michelsens, de Bergen, Noruega), M. Selinger (de la Universidad Hebrea de Jerusalem), Alan Robinson (de la de Nueva Zelandia), Cândido Mendes (de la de Río de Janeiro) y Attilio A. Boron (de la Escuela Latinoamericana de Ciencia Política y Administración Pública).

Los trabajos de esta sección del Congreso se refirieron: a los archivos de datos para los estudios comparados del desarrollo nacional; a la investigación mensurativa y el individuo en relación con las posibilidades de un análisis comparativo nacional referente a la construcción de comunidades en Yugoslavia; al análisis formal de los procesos de construcción de naciones; a la integración política, la integración cultural y el avance económico en relación con la experiencia austriaca edificadora de una nación; a la construcción

de naciones, la democratización y la movilidad de masas según el análisis estadístico de los datos noruegos; al grado en que la experiencia israelí podría proporcionar ciertos indicadores de cómo se pueden trazar otras alternativas entre los modelos de desarrollo ya realizados (los que se basan en el comunismo y otros sistemas unipartidistas, de una parte, y los "jefaturistas" de otra); a la construcción de naciones en el sur de Latinoamérica, y a su determinación a partir del proceso de reflexión social, así como a la movilización social y a la crisis política de Chile entre 1920 y 1970.

Bertsch, al referirse a la construcción de comunidades en Yugoslavia, señaló que en ese país los elementos dirigentes de la época posbélica emprendieron el proceso de construcción de comunidades teniendo en mente una estrategia definida; que ésta trató de mezclar los procesos de la lógica de la modernización con los principios marxistas, a fin de establecer un nuevo orden ambiental en el que pudiera surgir un nuevo individuo. Hace observar también que al ponerse en práctica esa estrategia, se pudo observar que la misma no resultaba igualmente fructífera en todas las nacionalidades de ese Estado federal y multinacional, o sea, que en unas daba mejores frutos que en otras.

El autor indica también que Yugoslavia ofrece un laboratorio ideal para realizar un estudio comparativo de la dinámica del proceso constructor de naciones y que, en esa dinámica, deben de identificarse las diferencias en las tasas de movilización de las poblaciones y la declinación o la emergencia de rasgos cruciales para la integración nacional (como las lealtades subnacionales y subcomunitarias).

Ali Mazrui —por su parte— mencionó varias dimensiones del proceso constructor de naciones, de acuerdo con la experiencia que brinda la historia reciente de África Oriental, y subrayó el hecho de que "la búsqueda de un lenguaje nacional es, en parte, la búsqueda de una herencia común compartida", así como que "una simple colección de individuos o de subgrupos se convierte en un pueblo cuando llega a triunfar en la forja de un universo común de perspectivas y de una capacidad para la mutua comunicación".

En sentido económico, el problema de la formación de una nación se conecta con el que implica la necesidad de optar entre una política de indigenización de la economía y otra que permite el dominio externo; con una elección entre un socialismo africano y un capitalismo negro; entre la aceptación de la propiedad y el control estatales de la economía y la promo-

ción de una clase empresarial indígena. En particular, Mazrui encuentra que Tanzania se está inclinando hacia el socialismo; Kenia, hacia el sistema de empresa privada indígena y que Uganda sigue experimentando con ambos.

Las opciones económicas, a su vez, repercuten socialmente: en particular, condicionan la formación de clases; así, Tanzania —según Mazrui— trata de lograr la integración a través de la igualdad social; Kenia la busca a través de una diferenciación social y una diversificación funcional, y Uganda vuelve a situarse entre una y otra.

En una u otra forma, sea que se estimule la diferenciación entre las clases o que se trate de impedirla, el proceso genera conflictos. Es por ello por lo que a Mazrui le parece importante el que la construcción de naciones incluya el establecimiento de instituciones capaces de resolver esos conflictos en sus múltiples niveles. Según él dice "la construcción de naciones se convierte en la búsqueda de un sistema viable de manipulación de las tensiones".

El propio Mazrui señala la importancia que para la construcción de una nación tiene el impacto unificador de ciertas experiencias colectivas; que éstas pueden ser, primero, las proporcionadas por el coloniaje y, después, las que brinda la lucha común contra la metrópoli. E indica también cómo el hecho de estar bajo una misma potencia colonial dio una cierta unidad a Uganda, a Kenia y a Tanzania, y no se las proporcionó a ellas tres y al Congo, en cuanto éste estuvo bajo un dominio colonial distinto.

Son esas experiencias las que —según este joven y ya distinguido politólogo africano— se acumulan hasta convertirse en una memoria nacional compartida que, a su modo de ver, es "la dimensión histórica de la nacionalidad."

El Octavo Congreso Internacional de Ciencia Política hizo, de este modo, aportaciones importantes —y, en ocasiones, apasionantes— a los cuatro temas mayores de su agenda, pero no dejó de hacerlas de menor interés a los temas especializados que consideró en cada una de sus secciones, entre las que se contaban las relativas a la juventud y la política, la oposición política, la teoría de las relaciones internacionales. Por ello puede considerarse que esa reunión desplegó algunas de las preocupaciones permanentes de la ciencia política y planteó algunos de los problemas que la propia disciplina —gracias al esfuerzo de sus jóvenes investigadores— tendrá que resolver en los próximos años.